



Transmitir la fe en familia

■ Eugenio Alburquerque Frutos



Amoris Laetitia

La educación de los hijos debe estar marcada por un camino de transmisión de la fe, que se dificulta por el estilo de vida actual, por los horarios de trabajo, por la complejidad del mundo de hoy donde muchos llevan un ritmo frenético para poder sobrevivir. Sin embargo, el hogar debe seguir siendo el lugar donde se enseñe a percibir las razones y la hermosura de la fe, a rezar y a servir al prójimo” (Amoris laetitia, 287).

TEMA DEL MES *Amoris laetitia*

La responsabilidad apostólica de los esposos cristianos surge del propio bautismo. Pero el sacramento del matrimonio especifica y completa, además, esta vocación bautismal: confiere una nueva dimensión apostólica a la familia cristiana. En la Iglesia primitiva, la experiencia cristiana se realizaba primordialmente en la familia. La casa familiar era el lugar de la maduración de la fe y de la catequesis. En la familia cristiana, la educación de los hijos ha de estar marcada por la transmisión de la fe. Es una responsabilidad que los padres no pueden descuidar ni delegar completamente.

■ Hogar para crecer en la fe

La familia constituye el ámbito primero para la transmisión y maduración de la fe. La fe es don de Dios, recibido en el bautismo. No es el resultado de una acción humana, pero los padres son instrumentos de Dios para su maduración y desarrollo.

Por ello la evangelización depende en gran parte de la familia; en cuanto Iglesia doméstica, está llamada a ser centro de gravitación de la vida cristiana y de la evangelización, como lo fue en los primeros siglos de la Iglesia. Transmitir la fe a los hijos significa e implica guiarlos y acompañarlos al compromiso por el seguimiento de **Jesús de Nazaret**, a vivir relacionados con Dios, como con

un Padre, a amar a todos, a vivir abiertos al futuro en actitud de esperanza.

La transmisión comienza en el bautismo. Después se abre el camino del crecimiento de esa vida nueva, que exige de los padres un verdadero esfuerzo testimonial. Quizá, más que en otros campos de la conducta, cuenta más el ser que el enseñar o decir. Las actitudes de fe de los padres tienen más fuerza que las palabras. Transmitir la fe a los hijos supone que los padres viven la experiencia real de confiar en Dios, de buscarlo, de necesitarlo.

En este sentido, puede ser de gran ayuda la catequesis familiar, “como método eficaz para formar a los jóvenes padres de familia y hacer que tomen conciencia de su misión de evangelizadores de su propia familia” (AL 287). Además del ambiente familiar y del testimonio de los padres, es importante la catequesis familiar, que puede iniciar y favorecer la reflexión cristiana sobre la fe y profundizar en sus exigencias personales y familiares. Se hace indispensable, de manera especial, cuando en el contexto social crece la secularización y disminuyen los medios de enseñanza religiosa. Y es importante también la oración familiar. “Los momentos de oración en familia y las expresiones de la piedad popular pueden tener mayor fuerza evangelizadora que todas las catequesis y que todos los discursos” (AL 288).





■ Familia evangelizadora

Para una verdadera transmisión de la fe, hay que comenzar por una vida familiar honrada, que fomente la convivencia y el diálogo, abierta y comprometida con la justicia, guiada por los criterios evangélicos del amor y del perdón. En la medida en que la misma familia acoge el evangelio y madura en la fe, se hace comunidad evangelizadora, capaz de transmitir la fe que vive. La transmisión de la fe supone que los padres vivan la experiencia real de confiar en Dios, de buscarlo, de necesitarlo, de implorar su ayuda.

Así, dice **Francisco**: “el ejercicio de transmitir a los hijos la fe, en el sentido de facilitar su expresión y crecimiento, ayuda a que la familia se vuelva evangelizadora, y espontáneamente empieza a transmitirla a todos los que se acercan a ella y aun fuera del propio ámbito familiar” (AL 289). La propia familia se convierte en el lugar primero de la realización de la vocación apostólica. De manera que, dentro de la familia, son evangelizados sus mismos miembros. La familia acoge y anuncia en su seno la Palabra de Dios, cuida la catequesis, se abre y educa en

los valores trascendentes y crece como comunidad orante en diálogo con el Señor.

■ Familia en misión

Entonces es posible también que la acción apostólica se proyecte y llegue a otras familias, a las iniciativas sociales y a los movimientos eclesiales. Francisco se refiere, de manera particular, al testimonio de solidaridad de las familias cristianas: “la solidaridad con los pobres, la apertura a la diversidad de las personas, la custodia de la creación, la solidaridad moral y material hacia las otras familias, sobre todo hacia las más necesitadas, el compromiso con la promoción del bien común, incluso mediante la transformación de estructuras sociales injustas, a partir del territorio en el cual vive la familia, practicando las obras de misericordia corporal y espiritual” (AL 290).

Verdaderamente, en virtud del matrimonio, Dios confía a los esposos cristianos una peculiar misión de apóstoles, que comienza en la propia familia y se proyecta en la Iglesia y en la sociedad.

■ Eugenio Alburquerque Frutos

«Nuestra familia es misión»

Para nosotros la responsabilidad de vivir en cristiano individualmente tiene también una extensión a nuestra vida en pareja y, por añadidura, a los que son fruto de nuestro amor. Desde esa perspectiva, hemos tenido la suerte de que compartieran, ya desde muy niños, los mismos ambientes en los que nos formábamos y en los que crecíamos en la fe: tanto los ámbitos parroquiales, los de la obra salesiana de Atocha o los asociativos, tanto a nivel local como provincial.

La catequesis familiar ha consistido, primeramente, en intentar que nuestros hijos vivieran con naturalidad, y con otras familias, en torno a determinados momentos celebrativos. Además, en lograr que otros niños y niñas de su edad celebraran también sus primeras experiencias de fe de una manera amena y divertida, porque la fe la hemos experimentado en lugares de muy diversas características, desde una granja escuela, hasta una basílica consagrada, pasando por salas de colegios o centros juveniles.

Por otro lado, y ya únicamente en nuestro propio hogar, hemos intentado rezar con nuestros hijos al terminar cada día (sobre todo en sus edades más tempranas) y hemos tenido siempre presentes las opciones de compromiso cristiano en las que, ya por su propia decisión, han ido participando: su propia catequesis de comunión y confirmación; su presencia en las actividades del centro juvenil de Salesianos Atocha; su paso a la animación de grupos en catequesis del oratorio y su inmersión en comunidades de maduración de fe.



Además, mantenemos algunos momentos de oración en común aún todavía: celebrando conjuntamente la Eucaristía semanal, hacemos la señal de la Cruz y rezamos una oración al comenzar cada viaje, por ejemplo.

Creemos que hemos conseguido que nuestros hijos consideren como opción de vida el compromiso cristiano. Probablemente esto es más acentuado en el caso de nuestra hija, que ya es mayor de 22 años, pero lo vemos también en el pequeño, de 18. Que en sus decisiones tengan presente la voluntad de Dios nos llena de orgullo. También porque han sabido pedirnos (y pedir a los animadores que en su momento les acompañaran), el acompañamiento en ese crecimiento personal. Esas personas han sido también para nosotros, además de para ellos, una auténtica suerte. En cierto modo, algo hemos hecho bien para que ellos hayan optado por una espiritualidad muy similar a la nuestra.

Tenemos la suerte de no vivir en soledad nuestra Misión familiar, es decir: estamos rodeados de familias en parecidas circunstancias, con hijos e hijas de las mismas edades que se conocen y que tienen una trayectoria en común que les ha convertido primeramente en amigos y posteriormente en hermanos en la fe. No sabemos si ellos lo dirían con esas palabras, pero se divierten juntos y celebran juntos; igual que lo hacemos nosotros con sus padres y de la misma manera que lo hacemos conjuntamente unos y otros.

Nuestra Misión Familiar se ha visto favorecida por sentirnos miembros de una gran Familia: la familia salesiana. Realmente eso nos ha facilitado mucho las cosas. Eso y el sentirnos bendecidos por San Juan Bosco y nuestra Madre Auxiliadora.

■ Juanjo y Merche

SSCC del Centro local de Salesianos Atocha - Madrid

